





# LAS CRIATURAS DEL CYBORG

---

NOVELA

Diego Muñoz Valenzuela

© Diego Muñoz Valenzuela

© **De esta edición:**

Sociedad Comercial Simplemente Editores Ltda.  
Arzobispo Casanova 36, Providencia.  
**www.simplementeeditores.cl**  
**contacto@simplementeeditores.cl**

Registro de Propiedad Intelectual N° 192.967  
ISBN: 978 - 956 - 8865 - 03 - 0

© **De la ilustración de portada:**

Francisco “K” Pérez Ortiz

**Diseño y diagramación:**

Jenny Contente Guazzotti

**Impreso en:**

Salesianos Impresores S.A.  
Agosto, 2010.

Ch863

M971c Muñoz Valenzuela, Diego, 1956-.

Las criaturas del cyborg / Diego Muñoz

Valenzuela. -- 1a. ed. -- Santiago de Chile :

Simplemente Editores, 2010.

212 p. ; 15 x 23 cm.

ISBN: 978-956-8865-03-0

“Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquiera otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de Editorial Simplemente Editores Ltda.”

# LAS CRIATURAS DEL CYBORG

---

Diego Muñoz Valenzuela



**SIMPLEMENTE**  
EDITORES



## Índice

1	El emisario de la muerte	9
2	El pasado no nos abandona	16
3	Acerca de la vida y de la muerte	23
4	La marcha de la serpiente	27
5	¿De qué hablamos cuando hablamos de amor?	34
6	La serpiente en movimiento	40
7	El hombre que leía	46
8	El peso de las culpas	54
9	A las puertas del averno	61
10	El sonido del cascabel	65
11	El mundo invisible	73
12	Desorden en las filas	80
13	Movimientos en el tablero	84
14	Cervezas y cucarachas	89
15	Una mirada a la oscuridad	94
16	El punto de no retorno	99
17	Jaque al general	106
18	Movimientos en las sombras	114
19	Rostros que toman forma	120
20	El color del día	134
21	Gritos en la oscuridad	143
22	Nubes de tormenta	151
23	Demonios a la puerta	157
24	El aroma de la muerte	164
25	Fronteras del abismo	170
26	La cercanía de la noche	175
27	El sendero de la muerte	180
28	Huellas de lo invisible	193
29	Una ciudad con millones de almas	207



## El emisario de la muerte

El hombre tiene los ojos oscuros, fríos, implacables; la mirada de un tiburón antes de emprender su embestida final. Bebe tragos lentos de una botella de cerveza nacional, sobre cuyo gollete se equilibra un trozo de limón, un preciosismo incongruente con el mísero negocio del barrio Estación Central donde se encuentra. No ha utilizado el vaso, seguramente por desconfianza hacia la precaria higiene del local, en cuyos rincones sombríos transitan libremente las cucarachas. Bebe con parsimonia, con la calma de quien ha perdido la esperanza de construir un mundo diferente y con la certeza de quien no ganará ni perderá nada relevante en lo que le reste de vida. Si bien al observarlo desde lejos parece inmerso en hondas cavilaciones, al acercarse es posible percibir una especie de velo impalpable sobre sus ojos, una suerte de epidermis traslúcida que otorga a su rostro un aspecto maléfico y, al mismo tiempo, extraviado y demencial. Como cualquier día de semana antes de almuerzo, los parroquianos son escasos y el hombre está solo en una mesa rústica, aparentemente sumido en tenebrosos pensamientos. No parece una persona muy distinta a las que podría uno encontrarse en un tugurio, a excepción de su mirada reptilina, cruel, exenta de sentimientos.

Lleva media hora sentado ahí, sin evidenciar la inquietud propia del que aguarda por alguien, hasta que entra un hombre de unos cincuenta años, vestido de impecable terno gris, camisa blanca y una hermosa corbata de seda con flores estampadas. Es de complexión atlética, rubio, con una barba rojiza muy bien recortada. Observa el bar con evidente decepción, aunque sin remilgos. Ve al hombre de la cerveza en su mesa arrinconada y después de examinar el local con una ojeada en redondo, rápida

y precisa, se dirige hacia él. En cuanto lo divisa, el tipo con ojos de reptil se incorpora, impulsado por un mecanismo invisible, presa de una animación que rompe su imagen estática.

—Don William, gusto de verlo —a pesar de la reverencia con que trata al hombre de la barba, no deja de transmitir esa sensación fría y asesina—. Tiempo sin vernos, ¿verdad?

—Orlando, ¿cómo está? —el tono de la voz es amistoso y distante, como si hablara con un antiguo sirviente, heredado por una dinastía de señores feudales. Hay neutralidad en su timbre, un leve acento extranjero, una modulación demasiado correcta, semejante a la de un locutor internacional—. Es cierto que no nos vemos hace tiempo, ¿dos años quizás?

—Mucho más, don William, desde la época en que luchábamos juntos contra...

—No hable más, hombre, que las murallas escuchan y los tiempos han cambiado demasiado para mi gusto. Aunque pronto cambiarán otra vez, tengo esa confianza. Pero mientras tanto debemos ser prudentes, Orlando ¿me entiende?

—Sí, don William, a la orden. ¿Qué se sirve?

—Tal vez un trago largo, ya que está pasado el mediodía... Pero, perdóneme, este no es un lugar donde vaya a encontrar lo que quiero. Una cerveza como la suya estará bien.

Orlando gruñe un mandato que cumple enseguida una mujer madura, enjuta y pequeña que corre con ritmo de rata a buscar una botella y un vaso. Con otra carrera la lleva hasta la mesa donde los dos hombres conversan trivialidades. El rostro de la mujer está muy ajado; varios dientes faltan en su horrible sonrisa que emana el aliento pútrido de los alcohólicos terminales. Como nada más se ofrece por el momento a los señores, desaparece con su agilidad de laucha por donde había venido, sin dejar rastro.

—Dígame don William, ¿a qué debo el honor después de tanto tiempo? —las inflexiones de voz de Orlando sugieren una dosis de ironía o resentimiento que no deben pasar inadvertidas para su acompañante.

—Indudablemente lo necesito. Diré mejor, lo necesitamos Orlando, como en los viejos tiempos.

—Los viejos tiempos... ¡Cómo los extraño! Ahora es como si uno fuera un pelafustán cualquiera. Bueno, esa es la suerte de nosotros, los peones que no tienen donde caerse muertos. Es mi caso, don William —lo mira con sus ojos impregnados de muerte; el otro hombre sostiene su mirada con altivez, quizás con un dejo de temor muy bien disimulado—, pero usted está bien, como si el tiempo no pasara.

—El deporte, Orlando, la vida sana. Me mantengo en forma y nadie percibe que pasé la cincuentena hace un buen rato. Bueno, pero vamos a nuestro asunto. Usted se preguntará para que lo citamos aquí...

—¿Habla en plural por simple costumbre, o tiene algo entre manos con otros socios?

—Más que costumbre. La patria nos necesita de nuevo.

—No utilice conmigo esa cháchara. La patria es una mierda que no agradece lo que sacrificamos por ella. Todo lo contrario; nos castiga, nos persigue, niega lo que nos debe. En especial a quienes hicimos el trabajo sucio. ¿Ha leído el diario últimamente?

—¿Quiere decir que fueron otros quienes se enriquecieron y lucraron del gobierno? No es mi culpa la diferencia de rango, ni que usted haya dilapidado sus ganancias... que no fueron pocas según recuerdo.

—Migajas, don William, migajas, si las comparamos con la parte del león. Pero supongo que no estamos aquí para conversar sobre mis fracasos y compararlos con sus éxitos.

—Cierto. Pero modere su lengua, usted sabe que podría ser cortada —anuncia William y a manera de respuesta el hombre de la mirada de tiburón arroja un destello de furia.

—¿Qué? ¿Me amenaza? —lleva la mano derecha a un bolsillo interior de su casaca clara manchada con recuerdos de sopas y bebidas.

—No será tan ingenuo para creer que ando solo. Ni solo, ni desarmado, así que déjese de leseras y escuche lo que he venido

a proponerle —el tono de voz de William denota firmeza, autoridad. Orlando se entrega y una sonrisa feroz surge en su rostro.

—Son bravatas no más, don William, sería incapaz de...

—Más bien no sería tan imbécil para hacerlo, porque aprecia su vida, a pesar de las quejas.

—No esté tan seguro, quizás tenga poco que perder...

—Tiene mucho que ganar. Orlando, ¿podemos hablar aquí?

—Sí, la dueña es mitad sorda y mitad idiota. No entiende una frase con más de tres palabras, así que tranquilo...

—Ya verá por qué tantas precauciones. ¿Sabe que hemos perdido mucha gente?

—¿Quiénes “hemos”? Me carga lenguaje misterioso. Si no me dice quiénes somos “nosotros”, no podré entender.

—Nosotros, los mismos de entonces —repite con impaciencia el hombre de la barba rojiza—, no necesito entrar en explicaciones. A buen entendedor, pocas palabras. ¿Supo el final de Bernardo Moore? ¿O la muerte de Hernán López y Alfredo Lara? ¿Y antes de eso, Roberto Torres y Manuel Garcés? Supongo que recuerda esos nombres.

—Claro, trabajé con ellos. ¿Dice usted que existe conexión entre esas muertes? Yo entiendo que el Perro Chico, quiero decir Garcés, liquidó por negocios al Perro Grande. Que se volvió loco, dicen otros. Yo creo que fue por chuecura en asuntos de plata. No eran trigos muy limpios, bueno, es una manera de decir...

—Esa es una explicación, pero también podría no serlo. En cuanto a López y Lara, se supone que murieron producto de una vendetta; su casa fue asaltada por hombres entrenados, pero jamás averiguamos quiénes lo hicieron. Un atacante murió, una mujer según el médico legista. El cuerpo estaba calcinado y no pudieron identificarlo.

—Igual que López y Lara... y sus guardias ¿no? Pudo ser un montaje. Los muertos no hablan... y calcinados menos. Tal vez ese parcito está de la mano en el Caribe, riéndose de nosotros.

—Es verdad, Orlando, pero ya contamos dos casos muy extraños.

—¿Y Moore, qué? Era un mariconcito de barrio alto incapaz de aplastar una mosca. Le dio un ataque al corazón por la baja de la Bolsa de Nueva York, murió cagado de susto.

—No tengo respuestas, Orlando, sólo preguntas. Sería bueno responderlas. López y Lara no murieron de viejos. Ese puede ser nuestro destino, si no hacemos algo. Tal vez el fin de Moore no fue casual, consideremos que falleció justo cuando atraparon la red de narcos con la que se vinculaba.

—¿Usted piensa que los comunistas han formado un escuadrón de la muerte que nos sigue la huella para ajustar cuentas? No, no, no. Están demasiado jodidos para hacer algo así. No lo creo, son huevadas, don William, no haga caso de lo que las viejas histéricas propalan en los cócteles de sociedad.

—Tengo una pista, por eso lo llamamos. Habrá una buena paga para usted si hace lo que voy a pedirle. Varios millones para empezar, aquí mismo, en este sobre —arroja un sobre café claro sobre la mesa, donde las manos de Orlando lo atrapan en un movimiento rápido y brusco que pone en descubierto sus carencias.

Orlando abre el sobre plegando las delgadas hojas de metal que atraviesan un pequeño orificio para mantenerlo cerrado. Observa el interior: billetes azules ordenados en fajos sujetos por elásticos. Sus pupilas se dilatan como si llevara largo tiempo sin ver tanto dinero junto y los tiempos malos estuvieran llegando a su fin. William le extiende otro sobre.

—Aquí va información confidencial, solamente para su consumo Orlando, no lo olvide. No debe mencionar una sola palabra acerca de nuestra charla. Ni permitir que se filtren los nombres de la lista.

—¿Nombres? ¿Lista? ¿De qué me habla?

—Una lista computacional. Personas destacadas que retornaron al país poco antes de que nuestros asuntos comenzaran a andar mal. Y otros personajes sospechosos a quienes nunca pudimos vincular a la subversión. Es lo que tenemos: una hipótesis

y una lista. Pocas hebras, un punto de partida. Por eso pensamos en usted, sabemos que puede lograrlo.

—Reventar docenas de testículos... ¿Eso quiere? Que haga el trabajo sucio para... mejor no sigo. El precio lo fijaré yo esta vez, quiero reposar sobre una alfombra peluda en un buen departamento en Las Condes, don William, así que tomaré esto como un adelanto.

—Es un adelanto. Y no queremos que reviente a nadie... todavía. Lo que pretendemos —se detiene un momento—, lo que quiero, es que investigue a esas personas, y a aquellos que llamen su atención, sígalos como sabueso.

—Necesitaré ayuda, equipos, más dinero.

—Dígame cuánto, le reembolsaré lo que gaste... contra boletas, por supuesto. Y recuerde que lo estaremos vigilando, —William se acerca mucho al hombre, como si quisiera enseñarle una imagen mortal impresa en su rostro teutón—, nunca lo olvide. Hay instrucciones en el sobre, sígalas, pero sea creativo.

—Sabe que el asunto está en buenas manos ¿Cómo podré ubicarlo?

—Por correo electrónico. La dirección la encontrará en una tarjeta en el sobre, junto con un manual de códigos que deberá memorizar antes de quemarlo; tiene un par de días para eso. Tome este teléfono celular. Yo lo estaré llamando. Si me necesita con urgencia, llame al teléfono almacenado en la memoria 11. Está encriptado, no intente leerlo, pero úselo sólo en caso de emergencia, ¿me comprende?

El hombre de los ojos llenos de muerte parece sonreír, como si ocultara unas cartas invencibles en la manga. Eso habría exasperado a cualquiera.

—¿Me comprende? ¿O no entiende nada de lo que le digo?

—Lo entiendo mejor de lo que parece, don William. Haré lo que me pida, pero tendrá que pagarme bien. Ya no hago sacrificios por la patria.

Orlando vuelve a abrir el sobre y extrae los billetes para contarlos con evidente ansiedad. Hay cinco millones. Abre el otro

sobre. Saca un listado de computador con una cincuentena de nombres y direcciones. También hay una hoja para cada persona: fotografía, dirección, profesión, trabajos recientes, familia, bienes, impuestos. Golpea las palmas de las manos, como en los viejos tiempos, y la vieja laucha acude solícita, a toda la velocidad que le permiten sus escuálidas piernas.

## El pasado no nos abandona

—Rubén, no te olvides de llamar a Malcolm, o de ir a verlo. Está enfermo hace días y no has tenido la gentileza de...

—Ya chatarra, hablas como si fueras mi madre, no soy un niño para que me regañes. Acuérdate que vengo a ser algo así como tu padre, recuerda que saliste de mis manos.

—Bueno, anda, dale con la historia de la lata de sardinas parlante, los mismos chistes repetidos. Por suerte no eres escritor, ni yo crítico literario, porque te haría pedazos. En la época de Dirtystone eras bastante más creativo.

—La verdad es que extraño la universidad, Tom, más de lo que imaginas. Creo que una de las mejores etapas de mi vida fue cuando me consagré a crearte, a construir una inteligencia artificial...

—Y fracasaste, me vas a decir con toda seguridad, fracasaste estrepitosamente porque construiste un abrelatas con pretensiones humanas.

—No seas tonto, hablo en serio, fui muy feliz en esa época. Ahora extraño esos momentos, quisiera poder dedicarme a investigar, pero la administración de CENIT está matándome el intelecto con su burocracia.

—Tan mal no te va: viajas cuatro o cinco veces al extranjero cada año, finalizas el mes con excedentes en la cuenta corriente, tienes una familia maravillosa, hasta apareces en las páginas sociales de vez en cuando. Te pareces a ese gordo funcionario cultural que asiste a todos los cócteles, de apellido Merino, al que le dicen Marrano, que fue compañero tuyo en la secundaria. ¿No es éxito eso, *bwana*?

—Prefiero omitir la respuesta. Veo que tus aficiones por el mundo artístico han seguido su progreso, conoces bien los chismes. Mi hermana Ximena debe ser tu fuente. Tienes razón... en lo que decías primero. Llamaré a Malcolm. ¿Ya lo fuiste a ver?

—Sí, dos veces. Una neumonitis es seria a su edad; es sano, fuerte, voluntarioso, pero tiene sus años.

—Dime, ¿y qué hablas con él?

—De historia, de sueños, de hazañas pasadas, de ilusiones perdidas, de mundos imposibles. De amores que se desvanecen, de convicciones que se desgranán, de miedos que te limitan. Los temas que importan de verdad. Es un tipo inteligente.

—Sí, merecía más. No sé qué, pero más.

—Creo que él es feliz así, Rubén, a su manera.

—Estás escuchando demasiado a Sinatra. No creo que Malcolm sea feliz.

—¿Y tú lo eres acaso, para venir con ese discurso? ¿Puedes reconocerte en este mundo con alegría, te insertas con confianza, crees en las apariencias? ¿Esperas que alguien que entienda medianamente lo que nos pasa va a experimentar una suerte de éxtasis, como si viviera dopado en el mundo perfecto de Huxley? Si no has modificado tu concepto de felicidad a estas alturas, anda perdiendo las esperanzas. No digo que Malcolm tenga que andar saltando por ahí, como cabra montañesa, dando alaridos de risa por cada evento. La felicidad incluye su opuesto, y si no fuera así, ¿cómo podrías darte cuenta de las cosas buenas que tienes?

Me quedo contemplándolo. ¿De dónde vienen esas ideas? Al fin y al cabo sólo tiene unos pocos años, debería ser un niño sin pretensiones filosóficas profundas. ¿Qué circuitos producen esas ideas? Me lo he preguntado un millón de veces, sin obtener respuestas razonables. Aunque lo diseñé palmo a palmo, lo construí y ensamblé con mis propias manos, mi Tom, mi cyborg, no es mío. Ha tomado un curso propio, inescrutable, y no puedo atribuírmelo, como quisiera. Carezco de explicación para comportamientos tan perfectamente humanos, para actitudes que van mucho más allá de nuestros límites. Hasta la fecha, el secreto de

la existencia del cyborg se encuentra a salvo, y no sólo porque a la humanidad no le convenga conocer este avance científico. La causa del secreto es nuestro accionar clandestino contra torturadores retirados a los negocios o camaleones como Moore, integrantes de las redes tendidas por Génesis para esparcir sus huevos de serpiente. Hay quienes esperan con ansia la eclosión, un nuevo tiempo para imponer la violencia y acabar con la anárquica vida ciudadana. Ellos están en la oscuridad, a la espera de su hora, sin dar noticias de su paradero, prestos al menor movimiento que permita su regreso. Hemos tratado de no dejar huellas, de actuar con inteligencia y no involucrar más gente. Sin embargo, no podemos contar con el anonimato como beneficio permanente. Algún talón de Aquiles surgirá, por arte del demonio. Y Tom está implicado con sus más intrincadas conexiones bioelectrónicas. Ha sido una pieza clave en cada operación. Sin él, no habríamos tenido éxito. Hubiéramos sucumbido ante un enemigo tan poderoso e implacable.

—Rubén, ¿no sientes que nos falta acción?

—Quieres decir que nos convertimos en pequeño burgueses barrigudos, más adictos al whisky que a la lectura, más atentos a la carta de un buen restaurante que a las proclamas subversivas, más...

—¡Basta! Cuando empiezas con las monsergas no hay cómo detenerte, eres una máquina generadora de frases impresionantes. No soy un predicador ortodoxo, no me caricaturices. Sólo estoy aburrido. Aburrido, ¿entiendes? Desde lo de Moore que no sucede nada, llevamos una vida plácida y rutinaria.

Una vez más me impresiona. No ha habido un solo día, desde su nacimiento en Dirtystone, hace cinco años, durante la fase final de mi doctorado, en que no me haya sorprendido con un gesto, una frase o una acción inexplicable según las leyes de la cibernética. Su conducta excede la amalgama de circuitos que constituye su organismo. ¿Organismo? ¿Es un ser vivo, dotado de conciencia? ¿De alma, como nosotros, si es que el alma existe? Bueno, si existe, Tom ha de tener una. Pero cómo puede aburrirse

una máquina, carajo, una máquina, si eso es, al fin y al cabo, un ingenio mecánico con partes orgánicas y un símil de piel humana. Una máquina capaz de engañar al más astuto, el sueño de Turing cumplido. Una máquina que no requiere esconderse tras un teléfono o un terminal de computador para suplantar a un ser humano. Advierto su desazón: un rictus de tristeza en sus labios, unas pupilas donde brilla el desconsuelo. No es sólo aburrimiento, lo sé por mí mismo, es la sospecha de que una vida apacible, henchida de goces y honores, se sustenta en la complacencia. Un acomodo que contradice los recuerdos de una época pletórica de sueños sobre mundos más solidarios, más generosos, más humanos. Humano, más que humano, es este androide salido de mis manos.

—Tom, ya vendrán tiempos mejores, no hay que precipitar las cosas, tienes una buena vida, chicas a porradas...

—Y un creador maravilloso, atento, inigualable; vas a seguir con tus babosadas...

—Si me llamas padre, me sentiría mejor. Déjame contarte un chiste para que salgas de ese pozo en que te estás hundiendo.

—No hay chiste que valga, tú lo sabes, Rubén. Y no eres mi padre, eres mi creador. Es distinto y tú conoces la diferencia. Si fueras mi padre... imagina el calvario de andarme aconsejando, enseñándome cosas, apoyando en cuanta estupidez...

—Sería un trabajo full time... porque vaya si se te ocurren idioteces.

—Eeey, no es broma, es en serio. Y bien en serio.

—Y hablando en serio tengo que decirte que la lista de deberes del padre que acabas de recitarme es precisamente lo que vengo haciendo contigo desde hace cinco años, Tom. Y debieras ampliar la nómina, porque has contado con buena parte de mi tiempo desde que... desde que...

—¿Nací? Gracias por la gentileza. Pero tienes razón, disculpa, a veces hablo idioteces— Tom se acerca para abrazarme con ternura, como si fuese un niño, el horrorosamente precoz chico de cinco años que de alguna forma es. Lo estrecho con fuerza, gobernado por sentimientos confusos donde se amalgaman pa-

ternidad, compañerismo, fraternidad, admiración. Protejo a una criatura desvalida, un hijo sumido en una pena avasalladora, un viejo camarada perdido en las tinieblas de la desesperanza.

Estamos así un rato largo, abrazados, sin decir nada, pensando cada cual en lo suyo, un salto hacia atrás en el tiempo, hacia rostros queridos y añorados, hacia amigos extrañados como Malcolm.

—Tom, vamos a ver a Malcolm.

—¿Ahora mismo?

—No, ahora no puedo, pero haré espacio en mi agenda. Le avisaré a Claudia que surgió un compromiso urgente, ¡Qué tiempo que no soy irresponsable! La rutina me ha devorado.

—Y la barriga te ha crecido en proporción, mírate, eres un esperpento. El fantasma de la opulencia, la encarnación de la sociedad globalizada.

—Deja eso, que mi panza en nada te afecta. Ya daré cuenta de ella en el gimnasio, acaso me acompañas. ¿De verdad estoy gordo? —el androide me mira divertido y asiente— bueno, pasa que tú no necesitas comer, ni tampoco correr para mantenerte en forma. No es un logro, sino que una característica. Jamás envejecerás, no sabrás de arrugas, ni de enfermedades; no sentirás la precariedad de una existencia limitada. Un día cargarás mi ataúd con el discurso fúnebre doblado en el bolsillo de la chaqueta.

—Tu dramatismo es patético. Cambia frecuencia y cuéntame el chiste antes de llamar a Claudia, que por cierto es un pimpollo, te felicito.

—Tom, no molestes, Claudia es una excelente secretaria, costó una brutalidad conseguirla. No vayas a repetir el numerito, eso no, por favor. A la pobre Amira la dejaste desconsolada, hecha trizas, casi enloqueció; no daba pie con bola, le costaba días hallar una carpeta en el archivo...

—Bien, calma, calma. La verdad es que ella estaba chalada, yo gatillé una secuencia que iba a ocurrir inevitablemente. Eso dijo el siquiatra, ¿te acuerdas? Era simpática, pero chalada... y

muy ardiente. Acuérdate que cargué con el costo de su tratamiento. Ahora somos buenos amigos y tiene un trabajo...

—No sé cuánto creerte, Tom, pero te ruego que no te metas con Claudia. Si no me haces caso voy a desguazarte y venderte por piezas a los armadores de computadores personales.

—Trato hecho, aunque sea una morena de primera. No sé cómo puedes contenerte —me mira algo compungido, percibe que está yendo demasiado lejos—, bueno, supongo que Beatriz ayudará. ¿Cómo anda tu proyecto regalón?

—¿El de nanotecnología que dirige Molina? Bien, uno de estos días te mostraré algo interesante. Vas a desmayarte cuando veas los resultados. Creo que es el mayor éxito en miniaturización, después de la construcción de tu cerebro.

—Rubén, ¿cómo decírtelo sin ofender? A veces tus chistes son lamentables. Cuéntame algo, que la curiosidad me corroe.

—Aquí no. Este proyecto es tan secreto como tu existencia. Puede llegar a ser muy relevante.

—¿Y Molina es discreto?

—Ha sido un discípulo fiel en todo. No le interesan el dinero ni la fama, y vive de la posibilidad de aprender cada día un poco más.

—Otro bobo impráctico a rodar por la jungla del mundo globalizado. Es una broma, no me mires así.

—Pareces uno de esos personajes grotescos de las obras de teatro del Siglo de Oro, un bufón de pacotilla. Pero en fin, en alguna medida seré responsable. Bueno, ahora a firmar la correspondencia, contestar el correo electrónico y hacer llamadas. Tenme paciencia. Nos ponemos de acuerdo mañana, ¿eh?

Cuando Tom sale, presiono el botón del altavoz y llamo a Claudia, pensando en sus pechos, en sus piernas doradas. Es una delicia de mujer y ni siquiera mi devoción por Beatriz puede hacerme olvidarlo. Alguna vez, durante mis acuciosas lecturas sobre la estructura de la mente en la Dirstystone Library, encontré un libro que hablaba de las capas del cerebro mamífero. Planteaba que en las capas más primitivas y primarias, aquellas que prove-

nían de hace mil millones de años, estaba grabado el mensaje de la preservación de la especie. El llamado del sexo, la ansiedad por la reproducción, el atávico instinto de los machos por fecundar a las hembras, recompensado por el placer físico del orgasmo y el psicológico de la posesión y el dominio; el ejercicio del poder diría una feminista. La funcionalidad cerebral encargada de las tendencias transitivas, por ejemplo el amor, se ubica en una capa mucho más nueva, con apenas cien millones de años de antigüedad. De ese modo resulta esperable que una capa impere sobre la otra, y se explica la sorda lucha cotidiana dentro de nosotros para lograr el sometimiento de la tendencia biológica primitiva a los sentimientos humanos. Así debo actuar cuando el licántropo en mi interior me susurra sus cautivadoras sugerencias. Ejemplo: cuando Claudia se acerca a decirme que mi perfume la enloquece y que le anote la marca para obsequiárselo a su marido. O cuando me mira con sus ojos amarillos llenos de risa y cruza las piernas para que yo pueda apreciarlas con lujo de detalles y sueña con deslizarse mis labios sobre esa piel palpitante. ¡Maldito cyborg! ¡Por qué tiene que meter su hipersensible nariz donde no debe!

—Sí, don Rubén, dígame, ¿quiere que vaya a su oficina?

—Sí, Claudia —la voz me sale entrecortada, adolescente, como si me envolviera una atmósfera hostil y opresiva—, venga, por favor.

—Cómo no, don Rubén, usted sabe que siempre estoy dispuesta a sus órdenes. ¿Necesita algo especial? ¿Le llevo algo? —ella es el deleite, una música arrobadora para los sentidos, el llamado de una gata en celo, una felina ansiosa por restregarse contra mi cuerpo y ronronear de goce.

—No, Claudia, nada especial, el cuaderno de notas solamente, tengo que hacerle algunos encargos.

La puerta se abre y yo trago saliva. Me cuesta levantar la mirada, pero lo hago.

## Acerca de la vida y de la muerte

Algún día, quizás pronto, Malcolm morirá, y yo seguiré allí, sobreviviendo a todos. El propio Rubén morirá y tendré que enterrarlo junto con sus hijos. ¿Por qué hablo de sus hijos? ¿Acaso me siento uno de ellos? Soy un *cyborg*. ¡Qué maldita palabra ésta, que no aclara nada! La odiosa pretensión de las palabras de nominar las cosas, de explicar lo inexplicable. Un organismo cibernético. Lo que dice el Diccionario de la Real Academia, al que siempre me refiere Ximena: *cibernética, ciencia que estudia comparativamente los sistemas de comunicación y regulación automática de los seres vivos con sistemas electrónicos y mecánicos semejantes a aquellos*. O sea que no soy un ser vivo. Sólo algo semejante a un ser vivo, un conjunto de servomecanismos que imita la vida, el sujeto de una investigación comparativa con la auténtica vida, la única vida, la de los entes biológicos. Y más adelante esclarece el erudito diccionario: *entre sus aplicaciones está el arte de construir y manejar aparatos y máquinas que mediante procedimientos electrónicos efectúan automáticamente cálculos complicados y otras operaciones similares*. Un aparato, eso vengo a ser, una máquina de afeitar parlante como dice Rubén. Un intricado conjunto de piezas que en su operar imita el comportamiento humano, sin alcanzar jamás su verdadera naturaleza; eso afirma Searle. Yo mismo lo escuché plantear su paradoja de la sala china cuando hace unas semanas decidió abandonar su confortable espacio en Berkeley y la adulación de los seguidores de su culto académico, para bajar a Chile, último confín del mundo a explicar sus consabidos argumentos. ¡Cómo hubiera disfrutado rebatirlo, despedazarlo intelectualmente, reducir a cenizas su arrogancia! Por una ventanilla recibes el símbolo en nuestro idioma, la palabra **casa**,

un dependiente recorre la biblioteca infinita, con el símbolo en las manos, buscando su hermano gemelo. Lo ubica, y al mismo tiempo ubica su equivalente en chino, y lo lleva a la ventanilla. ¿Traducido entonces? No, pues, nones. Eso no es traducción, *parece traducción*, pero no lo es. La imitación de una traducción, no su sustancia humana irreproducible. Cyborg ni siquiera aparece en el diccionario, tampoco ciborg, ni otras derivaciones.

Si no tuviera dudas, refutaría a Searle. Yo, yo, yo. ¿Quién soy? *Cogito ergo sum*. ¿Y qué? ¿A quién le importa? A Rubén, porque es mi creador, mi padre. Sí, él es mi padre, aunque yo no vine de un huevo, no me gesté en las entrañas de una mujer, de pronto abrí los ojos y ahí estaba; *llegué* por así decirlo. Tuve un proceso de aprendizaje, lo recuerdo, partí como un amasijo de cables y luces espantoso; después Rubén se entregó a la tarea de dotarme de movimientos, de piel, de voz, de lenguaje. Gerardo dos Santos y Oscar Olsson también son padres, hay que ser justos. Olsson me dio las habilidades lingüísticas y dos Santos inventó la piel sintética. Soy deudor de ellos. *Autómata: máquina que imita la figura y los movimientos de un ser animado*, plantea el insolente libro que arrojé sobre la mesa con rabia. Su lectura no me ayuda. No contiene respuestas. O tal vez sí y no quiero reconocerlas. Llegué de repente, en el infinitesimal intervalo entre una fracción de tiempo y otra, e inicié mi presunta existencia. De pronto estuve allí, tal como soy ahora, sin experiencia, pero con las capacidades de aprendizaje de los humanos. Rubén se esforzó por dotarme con ellas, aunque así perdiera el control de su creación. Ahí reside la esencia del valor de su trabajo, su mayor descubrimiento, lo que aún no entiende del todo. Me extraña que no haya seguido investigando. Es como si hubiera llegado a una frontera que no se atreve a trasponer. Como si bastara un solo Tom, un único androide sobre la Tierra, deambulando en busca de su destino, cuidando a Rubén del peligro, satisfaciendo sus deseos y sus expectativas, sirviendo a sus ideales. Tal vez Rubén tenga miedo de abrir el paso a una raza superior, o a estar creando una copia mejorada de sí mismo. Un clon, una copia eterna, más allá de la

vida y la muerte, capaz de presenciar el final del universo, cuando no quede nadie para verlo. Él dice que teme el daño que podría infligirse la humanidad produciendo cyborgs demasiado poderosos, capaces de llevar al extremo los sueños de poder y grandeza de los intelectos más dementes, aquellos que han conducido al genocidio innumerables veces.

Pienso, luego existo. No es un gran alivio. El raciocinio que me moviliza no es más que una imitación burda del pensamiento, un grotesco remedo de la conexión entre neuronas humanas. *Eppur si muove, y sin embargo se mueve*; razono, siento, o creo pensar y sentir. ¿Puedo saber si discuro o siento como un ser humano, si no lo soy? Me está vedado cruzar ese umbral del conocimiento, la experiencia de sentir la vida como la percibe un ser de carne y hueso. Veré morir a Malcolm. Lo mismo será con Rubén, con todas las personas que me importan. Me iré quedando solo de ellos, aunque pueda recordar hasta los detalles más ínfimos gracias a mi cerebro binario. Un día Malcolm (Malcolm, el viejo Malcolm, un amigo tan querido, ligado a tantos recuerdos, a tantos momentos importantes de mi vida) cerrará los ojos y ya no estará más. ¿Dónde irán a parar su historia, sus amores, sus sufrimientos, la memoria de toda su vida? ¿Se extingue todo eso con el último suspiro? ¿Vuelve todo a cero, a la nada, al comienzo helado y oscuro de donde provenimos? Yo visité ese estado, cuando me destruyeron durante el asalto a la casa de López y Lara, y regresé, como Lázaro, desde esa zona de silencio y oscuridad, sin recordar detalles, sin conciencia de ese paréntesis. La nada, la negación de la existencia, la otra faz de una moneda que los humanos son incapaces de concebir por sus ridículas pretensiones de trascendencia.

Las palabras, las ideas que no logran responder mis preguntas fundamentales. La verdad es que las viejas interrogantes de los griegos siguen siendo incontestables; tanto avance para tan magro resultado. ¿Soy el único de mi especie, seré para siempre una excentricidad? ¿O simplemente soy uno más de estos millones de seres desamparados que caminan en busca de sentido? Con

más capacidades, con más tiempo disponible, pero idéntico en lo fundamental. Es lo que intuyo. Soy capaz de amar, de odiar. No hay justificaciones cibernéticas ni modelos matemáticos que puedan explicar por qué ocurre esto. Tengo emociones, están ahí, me confunden, alteran mi razonamiento, incluso pueden llevarme a cometer errores. Me hacen temer la muerte, no la mía, sino la muerte de los que amo, como Malcolm, o como Rubén, mi padre. Oh, Malcolm, el viejo Malcolm, cuántas aventuras, cuántas conversaciones hemos tenido, pero eso no es suficiente; nos hace falta tanto tiempo, tanto. Quizás no vayamos a tenerlo.

## La marcha de la serpiente

Orlando estudia con desgano el contenido del sobre que le entregó William. Se levanta para sacar una maleta arrumbada sobre el viejo ropero; la despliega encima de la cama y comienza a arrojar ropas desordenadamente en su interior. Se detiene con brusquedad y camina rumbo al baño de baldosas rojas y olor pesado de humedad y encierro.

—Pensión de mierda y vieja cabrona que disfruta humillándome. A la primera de cambios, le voy a tirar su plata en la cara —dice en voz alta, como si estuviera dentro de una burbuja protectora y nadie pudiera oírlo—, y que agradezca que las cosas todavía no cambian. Ya habrá tiempo para arreglar estas huevadas. Lo importante es descubrir el hilo que me lleve a la madriguera de los hijos de puta —se mira al espejo y analiza su barba antes de retirar la tapa de la crema de afeitar recién comprada; rechina los dientes antes de hablar de nuevo— Ese hijo de puta de William no merece mejor trato que un maldito comunista, jamás se manchó las manos con otra cosa que no fuera la porquería de los billetes. Yo hice el trabajo sucio... y aquí estoy. Aunque de todas maneras fueron buenos tiempos —un repentino aire de satisfacción se refleja en sus facciones poco aptas para representar emociones. Los ojos de escualo experimentan un centelleo que ilumina sus pupilas por unos segundos, despojándolas de la frialdad que las caracterizan. Evoca el pasado y lo inundan oleadas de imágenes de un tiempo feliz.

Esos golpes en la puerta lo sobresaltan. Dirige su mirada gélida a la puerta, procurando atravesar la hoja de madera para descubrir la identidad del visitante. Resignado, camina hacia la entrada y con gesto brusco toma la redonda manilla de la puerta

para girarla. En el umbral está William; a su lado un pequeño regordete de intensos ojos azules y rostro rechoncho, con aspecto de comerciante satisfecho por el éxito de los últimos negocios.

—Adelante, don William... pasa, —dice Orlando con voz burlona—. Qué gusto verte Cachete Chico, años que no asistíamos a cócteles de sociedad.

—No me digaz Cachete si no quierez que te retuerza las pelotaz hazta reventártelaz.

—Basta de discusiones —arbitra William—, estamos con mucho trabajo por delante para malgastarlo en disputas intrascendentes.

—Intrazendentez, in-tra-zen-den-tez, ¿qué ez ezo? ¿converzación de alta zociedad? —irritado y confundido agrega en susurro inaudible— Coza de cuicoz.

—Intrascendente significa huevón, Cachete, huevón, ¿entiendes?, huevón, nada menos. Imagino que entiendes el concepto ¿o debo hablar en el idioma de los eztúpidoz para que me entiendaz? —Orlando lo queda mirando amenazante; no le faltan ganas de que ose desafiarlo.

—Te hazez el interezante, pero tú tampoco tienes mucho zerebro. Yo eztoy ezzztudiando, para tu informazión.

—No puedo creerlo, tú no tienes cabeza para otra cosa que no sea la tortura —el timbre de Orlando es el de una burla agresiva—, qué vas a estar estudiando, si para sumar tres más cuatro usabas calculadora...

—Ya les advertí que basta de discusiones —repite William—, si no quieren que los llame a terreno el Burro, que está de servicio nuevamente, esperando mi llamada, allá afuera —sus dos acompañantes dan un respingo, como si hubiera mentado al mismísimo demonio—, y Cachete, perdón, Hernán sí está estudiando. Va en segundo año de ingeniería en informática.

Orlando se ríe de buena gana gracias al error de William, pero no despega los labios. El hombre llamado Hernán, en cambio, con el pecho henchido de satisfacción, hace una declaración.

—Informática, informática para la geztión, algo que nunca sabrás tú, porque te crees inteligente no más, pero sólo eso, lo crees...

—Vamos al grano, dijo el dermatólogo. ¿A qué debo la visita de los honorables? No es mi cumpleaños, ni el día de la salvación de la patria, así que...

—Exacto, Orlando. La misión que le encomendé sigue en pie, imagino que ya estará trabajando en ella. Pero lo que me trae, bueno, lo que nos trae —hace un pequeño alto para señalar a Hernán.

—Ojalá no sea idea de Cachete, porque ahí sí que estamos jodidos.

—¡Déjese de idioteces! —los ojos del jefe relampaguean con furor y Orlando palidece al tiempo que asiente en silencio— A menos que quiera abandonar el negocio que recién comienza, y todas las oportunidades que vendrán con él. Mire, lo que voy a pedirle no lo libera de su misión anterior, pero añade otra más importante. Hay algunos obstáculos que sacar del camino, usted me entiende, y eso debe ser hecho con rapidez y eficiencia.

—Como en los viejos tiempos...

—Usted lo ha dicho, Orlando, como en los viejos tiempos. Hay un viejo camarada que está hablando más de la cuenta; su lengua es larga y su memoria contiene demasiados detalles.

—Hablamos del general Cerda ¿no es así, don William?

—Excelente deducción, mi estimado amigo. Cerda pone en riesgo nuestra integridad con sus recientes declaraciones.

—¡Déjeme arreglar esto a mí, don William! A mi modo quizás hazerlo, con mi método. Usted sabe lo eficiente que puedo ser —la voz del hombre al que Orlando llama Cachete Chico es obsequiosa y rastrera.

—Si deja a este imbécil a cargo, su problema va crezzzer, ezzzplotar —al decir esto Orlando mira burlonamente al torturador, que enrojece de cólera.

—¡No me remedez, hijo de puta, que ya no tienes el rango de antes, ahora zomoz igual no más! —y mientras pronuncia esas

palabras, Hernán mueve la mano derecha hacia el interior de la chaqueta para asir un arma oculta.

Orlando es más rápido y en un instante somete a Hernán mediante una llave de judo. Lo tiene inmovilizado en el suelo mientras implora que lo suelte. Los ojos del escualo son fríos y sus manos van aumentando la fuerza sobre el retorcido brazo de su víctima.

—¡Zuéltame Orlando! ¡Aaaaaa!, no, por favor, vaz a quebrarme el brazo, zuelta, huevón.

—¡Suéltelo, Orlando! Ya está bueno, no pasó nada.

—Es para que este hijo de puta aprenda quién es el jefe —afloja algo la tensión sobre el brazo de Hernán, aunque sin liberarlo—, todavía soy tu jefe, huevón ¡repítelo! —el dolor vuelve a reflejarse en la mueca del torturador.

—¡Aaaayy!, no, zí, zí, zí, erez mi jefe, Orlando, perdón, perdón. Zoy un imbévil, perdóname.

Por fin Orlando lo libera. Hernán se incorpora con lentitud, visiblemente humillado, con una mirada turbia que concentra su vida llena de resentimientos.

—Así está mejor —sentencia William—, porque van a tener que trabajar juntos —las miradas de los dos esbirros se cruzan convertidas en relámpagos de odio—, así que más les vale amistar.

—Nunca fuimos amigos, nunca lo seremos, ni siquiera en la discoteca —aclara Orlando—, pero si tenemos que trabajar juntos para usted, lo haremos, no tenga dudas.

—Bueno, vamos a lo nuestro, antes de que empiecen otro pugilato. Cerda está a punto de cometer una traición mayor. Al hablar del pasado pone en riesgo el presente y sobre todo el futuro. Y sabe demasiado. Por desgracia, desconocemos si tiene aliados o si ha dejado documentos o grabaciones con información en el caso de... un accidente.

—¡Viste, marmota! Tú que resuelves todos los problemas con un corvo, ¿qué dices de éste? —Hernán se revuelve en su asiento mordiéndose la lengua para impedir que salga una palabra de la que pueda arrepentirse.

—Usted, Orlando, fue cercano a Cerda, incluso hubo un grado de amistad entre ustedes. Quiero que se arrime a él y obtenga información útil para decidir... qué hacer con esto. Es una situación difícil, ¿me comprende?

—¿Dónde lo encuentro, don William? Quiero decir al general, o sea, a Cerda —Orlando se ve turbado, la inercia lo llevó a tratar de general a un hombre que perdió la confianza de su jefe.

—Trabaja en WORLDCOM, una empresa de telecomunicaciones de su propiedad. Los datos están en este sobre. Podrá arreglárselas para tener un encuentro casual.

—Vaya que le ha ido bien... Usted sabe que Cerda no es ningún estúpido... pero me dará maña. ¿Sigue interesado en las mujeres?

—Si pregunta acaso sigue visitando prostíbulos de mala muerte, esos lugares donde ustedes iban a desperdiciar su salario y las ganancias irregulares de sus “negocios” privados... —una risa irónica corona las afirmaciones del aristocrático William—. Ese podría ser el escenario perfecto para un reencontro librado al azar. Pero la respuesta es no, Orlando, ya no frecuenta lupanares.

—Usted siempre nos vigiló, ¿no es cierto? No confiaba en nadie.

—¿Usted en mi lugar habría confiado? ¿Se considera usted digno de confianza? Recuerde su vida pasada y piense acaso es posible —William hace una pausa para dar tiempo al pensamiento de su interlocutor—. Sería una condena a muerte, ¿no es así?

Orlando queda en silencio, letal y gélido, observando al hombre de rasgos y gestos finos que contrastan con la soterrada violencia de la situación. Un equilibrio precario contiene un desenlace brutal que no beneficiaría a ninguna de las partes. Por fin decide seguir la conversación.

—¿Con qué historia me presento? Mi identidad actual es la de un vagabundo.

—Persista con esa historia. Veo que llegamos a tiempo, estaba usted haciendo sus maletas. Quédese aquí, con su casera. Si Cerda manda a alguien a investigar, hay un largo cuento que contar, muy coherente: pobreza, soledad, alcohol. Como ve, tendrá que poner sus ingresos en una cuenta de ahorro y comportarse cautelosamente con los gastos, para no alentar suspicacias. Pague sus deudas, eso sí, diga que tuvo un golpe de suerte con los caballos, cualquier cosa. Si convence a Cerda, él puede ofrecerle trabajo. Cach... digo Hernán estará en contacto con usted y lo apoyará en lo que estime necesario. Yo prefiero que aquí en adelante minimicemos nuestra relación directa. Le enviaré instrucciones por este medio —y mira a Hernán con desprecio, como si se tratara de un mero artefacto asignado a una tarea de poca monta—, o por celular, si es urgente.

—Ahora no sólo tendré que pagarle, sino que además pedirle disculpas a la vieja de mier... para quedarme en esta pocilga —masculla Orlando.

—¿Qué dice, acepta lo que le propongo?

—No digo nada, don William, o sea... está bien, haré como usted quiere. Pero supongo que habrá pago adicional.

—Aunque no pueda gustarlo, dinero no le faltará. Me tomé la libertad de abrirle una cuenta corriente en el Transunion Bank. Aquí tiene los documentos pertinentes y una tarjeta magnética para sacar dinero. Úsela moderadamente, de acuerdo a su condición de pobreza. Como sabe, estaré monitoreando su comportamiento. Y no olvide la otra misión, aunque la de Cerda tiene mucha más prioridad, por ahora. Eso es todo.

William se pone de pie. Lleva puesto un traje de tela Príncipe de Gales surcado por tenues líneas rojas que resaltan su elegancia. Se mueve con esa agraciada lentitud que refleja una vida entre cojines de seda, rodeado de sirvientes dispuestos a satisfacer el menor capricho. Extiende su mano a Orlando y se la estrecha vivamente. Hernán sigue el ejemplo, pero Orlando mira hacia otro lado. Antes de cerrar la puerta, el aristócrata gira para enunciar su última instrucción.

—Pague sus deudas.

—Lo haré, don William.

—Bien, hasta la vista.

Hernán da un portazo violento después de arrojar sobre la mesa una mugrienta tarjeta de visita donde anotó con lápiz pasta azul su número de teléfono. El hombre con mirada de escualo se dispone a estudiar los documentos bancarios que le dejó William. Sonríe satisfecho y se tiende en su cama con los ojos entornados.